

una carta? ¿Qué sucedió? Que nosotros lo habíamos puesto allí y no lo recordábamos. Mil veces los dedos se deslizaron sobre el objeto, lo palparon, lo oprimieron; pero el cerebro, obstinado en que había de estar en otra parte, no hizo caso, y, como un sonámbulo, el entendimiento recorría los brumosos caminos de la conjetura y de la probabilidad.

\* \* \*

¡Ah! La dicha, que no suele ser sino el equilibrio mental, la ponderación moral, el bienestar físico, tres fenómenos de relaciones tan íntimas, tan ligados entre sí por la vida, como tres brazos en un candabro, como tres pétalos en una corola, la dicha estaba en nuestro bolsillo, y allí la habíamos olvidado. Tan torpes somos, que por más que nuestros sentidos nos decían: ¡aquí está!, nosotros, fantásticamente, la percibíamos en otro sitio, en donde menos podía estar: en una promesa falsa, en una mujer infiel, en una esperanza irrealizable. La dicha es egoísta. Cuando se llena uno de sí mismo, la siente. Es una compenetración, una saturación del yo. Se absorbe la vida entera, la que nos rodea, la del árbol que florece, la del pájaro que cruza, la del agua que bulle en el surtidor de la fuente, la pequeña y la grande, la del reptil que se baña en sol asomado al agujero de un barranco, y la de la nube proteica que clava en las aristas de las montañas su masa luminosa; se toma toda esta vida, y se absorbe y se reconcentra y se funde en la nuestra. En el universo interno cabe el mundo exterior por más vasto e in-

finito que se le suponga. ¡Como que lo que vive fuera no es más que un reflejo de lo que vive dentro!....

Y ..... creo que basta de metafísicas. El asunto de un artículo de periódico es a manera de un globo cautivo. Cuando empiezan a soplar vientos de filosofía, y el globo quiere romper sus ataduras, es prudente hacerlo descender. Pudiera escaparse. Un viaje aéreo sería peligroso en inseguras condiciones. La canastilla en que comenzábamos a remontarnos es frágil. El problema de los dirigibles no se ha resuelto todavía. Volvamos a tierra, si a ustedes les parece.

\* \* \*

Y bien; lejos de la ciudad no puedo dar la nota del día, no puedo comentar el hecho interesante, no puedo acomodar el marco de efímeras filigranas al cuadro chillante de los sucesos semanarios. Me pasa, por breve tiempo, afortunadamente, lo que al poeta de "La Duda:" ni cartas ni periódicos recibo. No soy una alma blanca, soy una alma en blanco. Y así debía quedar esta sección que el Director de *El Imparcial* me ha señalado para que la ocupe los domingos, en sustitución de aquel inolvidable "Tick-Tack," cuya inventiva era un estambre de colores—encanto y regocijo de la vista. En este lugar tejía él las increíbles bordaduras que hace poco tiempo la muerte cortó con aquellas tijeras que no se cansan de ir destrozando, al capricho, la tela de Penélope del existir. Así debía quedar. Y, sin embargo, necesito cumplir con el deber. Y a fin de cumplir, es preciso que remueva las baratijas de la

imaginación, para tropezar con alguna chuchería que brille a la claridad del cielo y engañe por eso, como un guijarro, o como un pedazo de vidrio. Lo primero que se me ocurre es pensar que en la ciudad no ha pasado nada. En estos días santos, cuando las tiendas se cierran, y los negocios se paralizan y los teatros se clausuran, ¿qué ha de haber sucedido a propósito para que la crónica lo esponje y espume con el batir de las improvisadas metáforas? El aspecto de calles y paseos es siempre igual en este tiempo. La humanidad se endominga para celebrar el trágico acontecimiento del Calvario. La humanidad estrena traje para oír los sermones de viernes santo. La humanidad..... No repetiré más las viejas ironías volterianas, con las cuales los antepasados lucieron su arsenal de librepensadores. Lo que deseo expresar es que poco debió de haber, quizás nada, que, a encontrarme en México, hubiese yo logrado aprovechar en mi oficio de comentarista ligero y frívolo. Ni novedades, ni extravagancias, ni siquiera raras gacetillas. Las iglesias, repletas de devotos más o menos ocasionales; los periódicos, llenos de fragmentos de literatura cristiana; los *reporteros* atareados en contar las velas de los "Monumentos." Así me figuro la ciudad.

\*  
\*  
\*

Mejores, mucho mejores fueron mis impresiones campesinas. En primer lugar, porque en la rústica tranquilidad hay un fondo místico, un secreto recogimiento que eleva el espíritu; en seguida, porque piso tierra teológica, tierra amarillenta, remo-

vida en constantes excavaciones, para encontrar, bajo la gruesa capa del polvo sedimentario de los siglos, los fragmentos de ruina de una milenaria y enterrada civilización. Todas las mañanas, antes de salir el sol, abro la ventana del cuarto que habito, y allí está; se me viene encima la gigantesca pirámide. Me cubre buena parte del horizonte con su gran triángulo de piedra mamposteada que, desde el punto en que lo miro, y por efecto de la perspectiva, parece más alto que las cumbres de la remota cordillera. Esta colosal construcción fué un altar. Aquí también se alzaron oraciones a Dios. ¿No el verdadero? Para el pueblo que alcanzó a dar muestra tan persistente, tan vigorosa y grandiosa de su fe, este dios, probablemente sanguinario, concepción e ideal, acaso, de una casta guerrera, pero contemplativa, en sus ratos de reposo, y que, por rápidas y extrañas fascinaciones, pudo entrever alguna vez la visión magnífica de una Bondad Suprema más allá del tupido velo de su oscura teogonía, para el pueblo que estableció en un valle árido y solemne una ciudad sacerdotal y pensadora, este dios era el verdadero, el único.

Nuestro progreso, nuestra piedad, nuestro refinamiento, intelectual y moral, no lograrán empuqueñecer el fervor, la idea religiosa de estos primitivos soñadores. El ara es inmensa para que la coronase un dios chico. El monstruoso ídolo de piedra que se asentaba en el truncado vértice, era una imagen, la expresión de un arte típico que reproducía los caracteres antropológicos de una raza; era un símbolo, un pensamiento, una representación. El artista que lo modeló, quiso, de seguro, esculpir una divinidad inmortal. Sintió ta-

vez, al herir el monolito con cincel de obsidiana, cómo temblaba su brazo con el calor frío de lo sublime. Bajocada montón de tierra se encuentran, en esta Teotihuacán, millares de reproducciones idolátricas. Quién sabe qué catástrofe sepultó aquí torrentes de mascarillas sagradas. Aquí se ha pensado mucho en el Eterno Desconocido. De trecho en trecho, las motas verdes de una anémica vegetación, tapizan la ocre aridez de la campiña monótona. Una fila de sauces llorones afelpa la orilla pedregosa de un cauce seco. El suelo está salpicado con los haces de púas de los magueyes, las varas estriadas de los órganos, y los espejos de Venus de los nopales. Por todas partes, entre la sedienta verdura se yerguen los campanarios y las cúpulas de los templos cristianos, los que sustituyeron a estos otros que se agrupaban alrededor de la pirámide y de los que no quedan sino las formas rectangulares de las plantas, como las huellas de los pies quedan estampadas en el fango de los senderos, el cual, al ser desecado por el sol, conserva por largo tiempo el molde.

Claro que mis emociones han sido mejores aquí; más difusas y más confusas, y por lo mismo más poéticas. Dejar vagar lo que hay en nosotros de ensoñación, como una pluma al soplo de los aires reinantes, es delicioso. En la metrópoli me hubiera aburrido; aquí me he contagiado de serenidad casi indiferente, un poco meditativa, un poco dulce, en todo caso sincera y saludable. Esta es una existencia sin accidentes; una existencia vegetativa y zoológica; pero ni una yerba ni una mariposa se aburren jamás. Eso se queda para los hombres que viven humanamente.

Estos días han sido para mí cumplidos días santos. Lo que sugieren las ruinas produce emociones sacras. Lo pasado, entre más misterioso, es más conmovedor. Aquí las investigaciones arqueológicas importan menos que las *introspecciones*. También en nosotros, cuando escudriñamos reliquias de civilizaciones extinguidas, se remueve polvo de creencias atávicas. El recuerdo es un anticuario de curiosidades valiosas. Y las va sacando del armario del cerebro, y se va entreteniendo con ellas como un chicuelo con sus juguetes.

Tal me sucedió a mí. Haciendo memoria de mis «semanas santas,» veo acabar la última. Es lo que les pasa a todos los viejos; cuando los llaman adelante, con la sordera de los años, se equivocan y vuelven la cara atrás.

Pero, señor, en algo había de entretenerme. Yo le digo a mi fantasía en estas horas en que nada acontece: Abuelita, cuéntame un cuento. La oigo embebecido. Y como el cuento es interminable, tramado de inverosímiles aventuras, podría quedarme así siglos y siglos, como la monja de la leyenda, a quien le cantó el pajarito de la gloria.

Vean ustedes: yo tenía un asunto para este artículo; un asunto nuevo, una impresión flamante: la de un «jueves santo» en la iglesia de un pueblo. Me prometí hacer un relato pintoresco de lo que ví, una acuarela de tintas suaves. Fué realmente encantadora la promesa.....

Pero el asunto se me debe quedar en cartera, porque, al recontar las cuartillas, me encuentro con que he llenado mi tarea. He de cumplir con el deber, exclamé al principio. Y he aquí un modo de cumplir ..... sin cumplir. Exactamente como la «Se-

mana Santa» que, prometiendo alegría, ofrece murria. No obstante, ¡si yo pudiese contar como la abuelita! Otra vez será.

Por ahora, abandono la pluma y me dispongo a partir. Llegaré cuando los teatros se preparan a abrirse y los teatros dan muchos temas y mucho que hacer.

Y, a pesar de mi rústica tranquilidad, domina en mí la inveterada costumbre. Me hacen falta los paisajes de teatro. Ante estas maravillas de la naturaleza, echo de menos las decoraciones. ¡Quéchiste! Lo artificial venciendo a lo real.

Y hasta se me figura que me esperan amigos y enemigos detrás de los bastidores, como soldados detrás de los baluartes. ¡Ah! No me acordaba: me está esperando don Leopoldo Burón.....

1908.

## LA AGONÍA DEL PLACER.

¿Hay quien hable entre nosotros del Carnaval? Bah! El Carnaval está gastado; no nos sirve ya. Como a viejo traje de saltimbanco, se le han caído los oropeles y se le ha podrido la seda. Nadie se atreve ahora a disfrazarse con esos harapos brillantes olvidados en un rincón del tiempo.

La humanidad no se satisface con estas remembranzas paganas, porque con ellas ha bajado hasta el fondo de los vicios y ha tornado a la vida sin secretos y llena de hastío. Ya en el Carnaval no se sueña: no hay misterios en él. Y todo placer necesita de un misterio. El sueño rodea la tierra como una atmósfera del espíritu. Desde los ángeles blancos del cielo cristiano hasta las huríes del paraíso de Mahoma, se tiende la arquería de los sueños. Lo entrevisto en la fantasía, sin contornos precisos y en un abismo de plata virgen, se impone a lo que perciben nuestros sentidos, en el bullicio de la vida real, con lineamientos marcados y tintes seguros. Los azules lívidos del crepúsculo seducen el espíritu contemplativo: hay en ellos muchas cosas desconocidas, muchas vaguedades de lo infinito, que despiertan ideas extrañas y emociones nuevas,

La joven casta que, en la alcoba tibia, dentro

de las cortinas del lecho, sueña con un pórtico de resplandores tras el abierto zafir del cielo, y en él ve la túnica de nieve de Santa Cecilia, la esbelta, la purísima, la que en la clave divina deja posar sus manos invioladas que perpetuamente preludian el himno de los ángeles, está unida, con vínculo intangible, al árabe solitario que, bajo la techumbre policroma y frente al amplio ventanal que corta un pedazo de azul profundo y luminoso en el cielo que se encorva sobre la franja de ópalo de una muralla de palmeras, medita delirando en el harem oriental, en las Fátimas inmortales, que aguardan a los eternos desposados con los ojos lánguidos y el beso que nunca se acaba palpitando sobre el carmesí de los labios.

*La leyenda de oro y El Korán*, unen su inmensa poesía mística en la tranquilidad de la noche. El incienso cristiano mezcla, en las alturas del espacio, sus nubes empapadas de oraciones, con las columnas de humo, impregnadas de voluptuosos deseos, de los pebeteros orientales. En el fondo de todo espíritu aletea el sueño. Y por eso, lo mismo en nuestros amores que en nuestras tristezas, buscamos a esa hermosa prometida que a cada instante nos ofrece venir: la felicidad. Y ya en el Carnaval estamos seguros de no poder ser felices.

Agotamos la locura de los goces, y todavía, con la copa exhausta en la mano, pedimos: más Rhin, Ganimedes.

*E morto il Carnavale*. Nuestras aspiraciones han cambiado de rumbo. Desdeñamos una costumbre, pensando que en la otra, recién inventada por nuestros caprichos, vamos a encontrar la felicidad. ¡La felicidad! El problema perpetuo, el monólo-

go de Hamlet recitado a todas horas por ese yo trágico que llevamos siempre dentro de nosotros. La Margarita de Fausto deshoja, pétalo a pétalo, una florecilla de las que Siebel puso en su ventana, para buscar la felicidad. Aquella alma buena decía: ser feliz es ser amado. Lady Macbeth, entre las sombras de una galería, pone un puñal en la mano trémula de un cobarde. Aquella ambición, hecha mujer, pensaba: ser feliz es ser poderoso.

Harpagón, el avaro clásico, tiende al agujero de la hucha, una mirada vidriosa, y oprimiéndose con las manos la seca entraña murmura: ¡la felicidad! ¡la riqueza! La calva cabeza de Fausto bajo el birrete doctoral, entre los *infolios* y retortas de su entenebrecido gabinete, reflexiona: la felicidad es la verdad. Juan Valjean decía a Coseta: si quieres ser feliz, sé buena.

Y lo cierto es que todos somos descontentadizos: todos hemos sido felices. La dicha se agazapa en los rincones de nuestra vida, pero no puede ocultarse tanto que alguna vez no la sorprenda la memoria.

Sobre ese lienzo brumoso de los días que pasan, aquí y allí, hay brillos de cristal; son los instantes de felicidad, los que ha bruñido el placer, los que encendió el amor, los que la gloria rápida o el triunfo fugitivo prendieron entre las obscuridades de la tristeza. Sumemos esos momentos; agrupemos esos átomos de tiempo, y de seguro podremos formar una lápida bastante grande para esculpir en ella la palabra *felicidad*.

La queja amarga no debe estar en nuestra boca como un reproche continuo.

Hay rayos de sol en todas las lluvias del alma.

En el regazo de la amada, en los ojos de la novia, en la carta del ausente, en el aplauso sincero, en el libro flamante, junto a las mujeres hermosas, frente a la copa en cuyo fondo ríe el vino delicioso, en todas partes, a todas horas, sentimos la caricia esperada de la maga buena.

Cuando llega el dolor, es cierto que despedaza y que tritura, que se detiene mucho para robarnos, que nos lleva al suplicio lentamente; pero ved, ya al extremo del camino, cómo viene, entre una nube de polvo, el heraldo de la felicidad: el olvido.

Somos ingratos con la dicha. Musset tuvo razón. Hay recuerdos meteoros que iluminan nuestra noche. ¿Que son rápidos? ¿Y qué? La existencia no dura mucho.

Ha muerto el Carnaval; pero no os asustéis, nos queda tiempo todavía para inventar otra cosa con que soñar en ser felices.

La vida, con ser tan mala, tiene este lado bueno.

1894.

## MÁSCARAS VIEJAS.

La tarde del martes de Carnaval lució un sol vivo, alegrón, coqueto, que para despedirse tuvo rasgos encantadores: encendió los volcanes, clareó las nubes, tendió vahos de oro en los llanos, asateó los árboles, empurpuró la nieve de las serranías, y le puso nimbo diáfano, como a los alcázares de los cuentos de niños, al Castillo de Chapultepec.

El paseo de la Reforma estaba henchido de coches, cuyas cajas lustrosas y bruñidas se deshacían en chispas juguetonas bajo las oblicuas ráfagas del Poniente.

Mucha gente fué al Bosque, en carruaje, en bicicleta, a pie, animada por un anhelo repentino, de hallar confundidos entre la multitud, a Pierrot, a Payaso, a Pulchinela, a Arlequín, a los legendarios representantes de las máscaras. Los buscó inútilmente: no asistieron a la cita.

¡Ni cómo habían de verlos, si ya no existen, si ya se despidieron para siempre, si una vez—hace ya tiempo—que la humanidad los encontró fastidiosos, les quitó el disfraz, y desde entonces no podemos distinguirlos!. Quizá nos codeamos con ellos y no lo sabemos; tal vez acabamos de hablarles, y no atinamos a reconocerlos.

Ya no hay máscaras. La antigua costumbre de ocultarse bajo colorines y oropeles, para perder la personalidad, ha sido rechazada por esta época severa y positiva.

Antaño, se guardaban los odios, se acumulaban los rencores, se escondían las venganzas, iba la calumnia haciendo su labor de topo, minando galerías subterráneas; y el insulto que pretendía brotar de las bocas crispadas por la ira, volvíase, bramando, al fondo de la memoria, para esperar entre las tinieblas, como prisionero rebelde, la hora de su fuga.

Y en este día, todos esos gases comprimidos, estallaban en borbotones hirvientes, como repentinos manantiales de agua fangosa, y los venablos de la sátira, las saetas del epigrama, las flechas del sarcasmo, los alfileres de la alusión, envenenados con la hiel de la envidia o con la ponzoña de los celos, punzaban despiadadamente las carnes y se clavaban en los corazones indefensos. El hombre, cansado de soportar el yugo del deber social, de vivir atado con la camisa de fuerza de las leyes, veíase, por unas horas, libre de ataduras y coyundas, y abriendo la puerta de sus apetitos, los fustigaba, para que saliesen, como a bestias encabritadas.

Erá el día de recreo de las malas pasiones; el asueto de las perversidades. Los deseos, gozosa, alborotadamente, como colegiales en vacaciones, paseábanse por todas partes, en persecución de aventuras, y la fantasía, cascabeleada y extravagante, se embriagaba de amor y de locura. El buen Baco reía a horcajadas sobre el tonel anillado de pámpanos y vides, y los borrachos de Velázquez, copa en mano, requebraban grotescamente a las

lascivas bacantes de Lefevre. El aire olía a vino y sonaba a canciones. Al revés de las gentes, las maldades se habían quitado la careta, y bromeaban a su sabor, sin miedo al Código ni a la policía.

Ahora, perdida la antigua costumbre semipagana, esas mismas excelentes señoras maldades, pasan con un recato hipócrita por el Paseo de la Reforma, como beatas que van a misa, y aunque se guiñan los ojos las unas a las otras, fingen no conocerse y se la dan de distraídas y ensimismadas. Ahora gruñen y husmean, encerrados en los pechos, odios y rencores; no hay permiso para que salgan esas fieras de sus jaulas. Y el epigrama y el chiste ponen en sus aguzadas púas una gota de miel.

Las máscaras de trapo, las que ocultaban los rostros, y permitían el desenfreno y el insulto, no existen ya. Quedan las otras, las de las pérfidas miradas y las sonrisas traidoras, las que se ponen el amigo engañador, y la amante perjura, y la adulación hipócrita, y la falsa virtud; las viejas, ¡ay! las viejas y las eternas máscaras. ....

1900.

## LAS CARRERAS

---

No desentonan con nuestro sol estas fiestas al aire libre, en las cuales son los colores en movimiento como embriaguez de los sentidos.

Las tribunas, que, de lejos, parecen grandes telones decorativos en los que espejean las sedas y vuelan encajes y sombrillas, dan un extraordinario aspecto de elegancia a las carreras, un atractivo que no tiene ninguno de los otros espectáculos a cielo abierto que solemos presenciar año por año.

Los toros, por ejemplo, constituyen la diversión más característica, más popular, más nuestra. En ellos hay también viveza, colorido, juegos de luz, brillos inesperados, vuelos de iris, efímeras y deslumbrantes fulgencias. El sol se ríe a mandíbula batiendo en el coso. Está en él alegre hasta la locura. Travesea con todo y con todos, con ropas y sombreros, con caras y gallardetes; arriba, en las gradas, con galones de charros, con volantes corbatas, con manos inquietas, en las que pone haces de rayos, como en las de Júpiter tonante; abajo, en la arena, con moños y banderillas, con alamares de oro y rasos joyantes, con capas de púrpura y morrillos sangrientos. Sólo que este sol de los toros es brutal y, a las veces, grosero. Sus travesuras suelen

ser juegos villanos. Cuando menos se piensa echa puñados de áureo polvo, y lastima y ciega, por instantes, los ojos. Es un sol maligno, de gracia canalesca; un sol maldadoso que no se anda con respetos ni miramientos, sino que, por satisfacer un regocijo, por prender una placa de brillantes en el azul rabioso de una blusa, por clavar con frágiles púas un tocado de flores, por enredar aquí y allá velos diáfanos—hechos de flavos átomos—, hiere retinas y enrojece escleróticas, cosa en la cual le ayuda a maravilla el aire con sus soplos cargados de basuras y arenillas.

En las carreras, no señor; allí aparece el sol ri-sueño, pero bien educado. Calienta sin herir y alumbra sin cegar. Es respetuoso; es amable y fino. No hace travesuras de mal género; coquetea solamente; galantea a las damas, les dice cortesanas de luz, las embellece y, con suave caricia, arroja oro y plata sobre el nácar de los rostros o sobre las sedas y encajes de los atavíos.

Son las fiestas aristocráticas, las fiestas matinales de las carreras, las que ahora llaman la atención de esta ciudad tranquila y serena que pocas veces en la vida social presenta así aspectos de alegría colectiva y sana.

El afán humano de hermosear el caballo, es antiquísimo. De todos los animales domésticos ninguno llega a ser tan profunda y dulcemente amado, como este amigo fiel que, en los aduares, duerme al lado del beduino soñoliento. El hombre y el caballo son viejos camaradas. El perro es también compañero del hombre; pero es más débil, es menos útil, es una carga.

El caballo no, es un auxiliar del trabajo y del



peligro; gana su alimento; conquista la amistad; es fuerte y noble.

Entre las exageraciones modernas, una de las especiales es ésta del caballo de carrera, sujeto a un tratamiento de privaciones y sutilezas que acaban por darle velocidad de flecha, vuelos de ave, por convertirlo en un verdadero Pegaso. La ligereza está pagada cara.

Y en el fondo..... ¿todo para qué?

Para que la Fortuna reparta sus caprichosos favores; para que un jugador dé un golpe de audacia; para que el dinero corra de mano en mano, más rápido que el caballo de carrera; para que el hombre entre en la sobreexcitación misteriosa de la Suerte, que es impenetrable y terrible ..... cuando no se pone de acuerdo con los embaucadores.

Indudablemente que mejorar la raza de un animal útil como éste, es de gran trascendencia.

Pero el hombre moderno no se contenta con sólo eso: en un bien semejante busca emociones; y, ninguna más intensa y absorbente que la que entrega al acaso una esperanza para que, al fin de la pista, en una carrera de caballos, nos devuelva la ilusión de una riqueza que no nos ha de dar el trabajo ni nos ha prometido nunca el estudio.

Y entretanto, la fiesta matinal se prolonga bajo las galas deslumbrantes de nuestro sol americano.

MANCHAS Y BOCETOS